

—Y aquí está la funda—observó la abuela sacando de una alhacena un saquito de tafetan rosa;—yo también he de tener mi parte en el almohadon: ayer lo cosí.

Pedro tomó el saquito de sus rosas deshojadas y las echó en el de seda; luego tomó el de Susana, y el almohadon quedó hecho: la abuela sacó, como por encanto, una aguja enhebrada con seda color de rosa, y lo cerró con algunas puntadas.

Pedro levantó suavemente la cabeza de su hijo, sacó la almohada que tenía y la arrojó al fuego: Susana puso en su lugar el nuevo almohadon.

—¿Por qué tiras ése?—preguntó la joven.

—Porque está manchado—respondió severamente Pedro mirando á la cartera, que aún tenía la dama entre sus manos:—en adelante, ése y no otro será el almohadon de todos mis hijos, porque lo han hecho las manos de sus padres y las de su abuela: ahora, señora, abraza usted á Susana en nombre de su madre.

La pobre mujer se aprovechó con ánsia del permiso y abrazó con frenesí á la joven.

—¡Cómo, señora!—exclamó Susana—V. conoce á mi madre? ¿vive aún? ¿dónde está? ¡Mi padre decía que había muerto!

—Y decía la verdad, hija mía—respondió la dama;—ha muerto, y ántes de espirar me encargó que te viniese á abrazar en su nombre..... ya he cumplido su más ardiente deseo..... Ahora, adios..... y sé honrada para que seas dichosa..... ama y respeta á tu marido como él merece, pues es el mejor de los hombres..... ¡Adios..... adios, y reza alguna vez por tu madre!

La desgraciada se lanzó á la puerta con paso vacilante; pero desde ella volvió y abrazó de nuevo á Susana, con desesperada ternura.

Arrancóse, por fin, de sus brazos; subió al carruaje y partió; pero la honrada familia la vió tender hácia ella los brazos desde las ventanillas del coche, con un ademán de supremo dolor y de eterna despedida.

XIII.

EL ALMOHADON DE ROSAS.

Un mes despues Pedro casó con Susana.

Su regalo de boda fué la gargantilla de Celeste, que también habia dado á Marta, pero que ésta jamas quiso ponerse, porque no le gustaba el contraste que hacía con sus cabellos oscuros.

Susana, que era rubia, halló que le estaba muy bien, y aquella prenda de la víctima, llevada por la hija del verdugo, dijo á todos los cristianos hasta qué extremo sabia perdonar la familia de Carrasco.

Pedro probó una dicha, de la que jamas habia tenido idea: habia en Susana algo de espiritual y delicado que habia heredado de su madre, y que fué labrando la dura naturaleza de Pedro.

Nadie como él podia apreciar todo lo que era bello, las nobles prendas de su mujer, y esos mil nada de la

vida doméstica, que constituyen el todo de la felicidad conyugal.

Marta era la aldeana vulgar, la mujer débil, y por eso fué seducida.

En Susana habia algo de ángel, como si el Todopoderoso hubiera querido sacar la perfeccion del seno de la culpa: el dulce imperio que ejercia sobre todos los que la rodeaban era irresistible: su voz era un canto, su risa un trino, su canto una melodía: el amor y la virtud la habian elevado sobre un pedestal.

Pedro, algo delicado de su salud, dejó los rudos trabajos del campo á instancias de sus padres y de su mujer, y se convirtió, aunque sin dejar su calzon corto, en un rico hacendado, en el que habia más de hombre culto que de rústico aldeano: su mujer, en las largas noches de invierno, le enseñó á leer, escribir y contar, y él aprendió con la docilidad de un niño.

Una noche leia un periódico al que se habia suscrito en la ciudad vecina: hacia dos años que se habia casado. Juanito, el hijo de Marta, dormia en su cuna: la abuela mecía al primogénito de Susana: ésta, que estaba de nuevo encinta, bordaba, y el abuelo escuchaba atentamente la lectura.

Era despues de la cena, y se hallaban sentados al rededor de la mesa, que una criada acababa de levantar, y alumbrados por un velon de dos mecheros, tan brillantes como el oro.

Pedro, leyendo en la *crónica extranjera*, llegó al párrafo que sigue:

«Un hecho horroroso, pero justo, ha tenido lugar

cerca de *Saint-Troper* (Francia): el feroz corsario negrero, de nacion español, que hace dos años apareció en la Provenza, y que tenia asolada la costa, ha llevado su merecido.

» Todos saben que este monstruo, llamado el *tigre del mar*, cometia infinitas crueldades, llevado de su sed de oro y sangre, y que habian sido víctimas de su rapacidad muchos buques ingleses: pues bien, segun las últimas noticias, el buque de guerra *Alberto y Victoria* le dió caza y le entró al abordaje, destruyendo toda la canalla que le tripulaba (casi todos fugados de los presidios españoles), y apoderándose de la enorme suma de 20 millones de duros, encerrados en barriles, y apresados pocos dias hace á un buque mercante de Lima, que fué su última hazaña.

» El feroz capitan fué colgado del palo mayor del buque inglés, y ahora, que ha fallecido, es cuando se han podido tener noticias fidedignas de su procedencia. Era natural de una aldea de Aragon llamada Cab.....»

—¡Santo Dios, qué borrado está esto!— exclamó Pedro, que habia palidecido.

—Dame—dijo Susana sonriendo—yo lo leeré.

—¡Quita allá! ¿Quieres robarme un hijo leyendo esos horrores? ¡Para eso estás tú! ¡Vayan al fuego semejantes historias!

Y Pedro arrojó al fuego el periódico: habia leído, al final de la noticia, los nombres de *Cabañas* y de *Lorenzo Martinez*.

—Madre, ¿ve V. qué poco complaciente está?—dijo Susana algo quejosa.

—Hija, eso es porque te quiere—respondió la anciana.

—Y tú—añadió Juan María—conoces la razon : ¡vaya! en vez de pedir ver esas cosas tan lejanas, ocúpate, hija mía, en preparar el almohadon de rosas : ya sabes que le hemos dejado para que duerma cada niño que tengas los primeros ocho dias.

—¡Toma! á la fuerza—dijo Joaquina;—al paso que va, áun guardándolo tanto, habrá lugar de romperlo : ¿y en ese almohadon han de dormir todos los chicos?

—Los mayores—observó Pedro—lo rellenarán para los pequeños, porque las hojas se secan.

—Juanito echó ayer en él bastantes hojas de rosas—dijo Susana;—el pobrecito es cada dia más adorable.

—Hija—exclamó Joaquina—no hay ley de Dios para lo que haces.

—¿Pues qué hago, madre?—preguntó Susana admirada.

—A tu hijo, tan pequeño como es, duro en él : le dejas llorar las horas y le quebrantas la voluntad, y á Juanito cada dia más mimos y más pasadas : ¿por qué haces eso?

—Porque me acuerdo de que el mio tiene madre, y ese pobrecito no—respondió la jóven.

—No, pero tiene *madrona*—observó el abuelo;—¿para qué necesita otra cosa? si tú vales por veinte madres.

—Me acuerdo, padre mio, de que Dios se me puede llevar á mí, y que mis pobres hijos pueden ir á poder de una madrastra.

—Eso no—respondió Pedro;—el que ha sido tu marido ya no puede pensar en las demas mujeres : sólo

pido á Dios que nos lleve en un dia ; á bien que si te vas ántes que yo, la pena nos reunirá pronto allá arriba.

.
Aun viven hoy Pedro, Susana y los abuelos : ya hay en la casa seis hermosos muchachos con Juanito, y todos miran, con religiosa atencion, un almohadon que hay debajo de una urna de cristal ; está guardado allí porque todos han reposado en él sus cabecitas al nacer, y se le llama EL ALMOHADON DE ROSAS.

FIN DE LA NOVELA.